



## LA LABOR LITERARIA

DE DON JOSÉ ORTEGA MUNILLA (1)

Al considerar y estimar el mérito del interesante y ameno discurso que acabáis de oír, me arrepentí yo hace días, y me arrepiento ahora, de haber aceptado el tan honroso como difícil encargo de darle una contestación que sea digna. A persona menos abrumada que yo por los años y achaques, y de espíritu más activo y despierto, debiera haberse encomendado esta tarea. Pero, no sé si por desgracia ó por fortuna, la afición á escribir es la más tenaz y persistente de todas las aficiones. Cada día me persuado más de que dicha afición no se pierde con la vejez, ni se disminuye siquiera, sino que se aumenta con todas las energías que empleaba la voluntad en otras aficiones y en otros ejercicios de los que, con los años, nos apartamos, y hasta pudiera decirse que nos jubilamos. Quien

(1) Contestación al discurso de recepción del Sr. D. José Ortega Munilla en la Real Academia Española, el día 30 de Marzo de 1902.

llega á cierta edad y no se enriquece, se resigna á vivir en su pobreza ó en su modesta medianía, desecha las aspiraciones, no siente el estímulo de la codicia, y se aquieta en un suave desengaño que la conformidad endulza. Con los sueños de la ambición suele ocurrir algo parecido. El viejo juicioso se aviene con su suerte, reconoce que Dios no tuvo á bien concederle facultades para gobernar y dominar á los otros seres humanos, y confiado en que no ha de faltar quien los gobierne y domine, y hasta quien el día menos pensado atine á regenerarlos, dado que estén algo decaídos, se retira á buen vivir y desiste de mezclarse en los negocios públicos. Del mismo modo, con tal de que se posea la indispensable dosis de filosofía práctica, desiste el viejo de no pocas otras pretensiones que acaso tuvo ó pudo tener en su mocedad ya remota. Con su voz cascada y trémula no puede ni quiere ser orador; sus piernas, que flaquean, y sus pies, que se arrastran, impiden el menor conato que pueda tener de lucirse en la danza, en la esgrima y en otras habilidades que requieren ligereza y soltura; las arrugas de su cara, lo encorvado de sus espaldas y la pérdida de sus cabellos ó su transformación en canas, matan en él hasta el más leve deseo de figurar en los salones por su gentileza y elegancia. El reuma, la pérdida de la vista y lo quebrantado de su salud, le inhabilitan para la

caza y le quitan el gusto que ofrece la vida campestre. Aun podrá componer ó fantasear en su mente novelas, idilios y dramas, pero nunca, como actor, representar airoso y bonito papel de galán en ellos.

Resulta, pues, que la única afición que queda al que fué escritor es la de seguir escribiendo. Y como las demás aficiones, impelidas por el desengaño, se retiran, penetran y se esconden en el centro del espíritu, cobra mayor fuerza la antigua afición de escribir, y viene á convertirse en verdadera manía. Mas, por fortuna, aunque de la manía nazcan obras de poco ó de ningún valer, la manía es inocente y no costosa, sino barata, y bien puede el que la tiene conformarse y hasta dar gracias á Dios de tenerla, y bien pueden también perdonársela los demás seres humanos, calificándola de mansa é inofensiva.

Yo, por otra parte, lejos de aborrecer, amo esta manía, así en mí como en otros viejos que también la tienen, figurándome que es prueba clara de que el alma no envejece ni muere, sino que florece acaso con mayor lozanía cuando se marchita todo en nosotros, y cobra más vigor y actividad cuando en nosotros todo se abate y se postra, y está, ó cree estar, iluminada por resplandeciente luz interior, cuando ya el universo visible y cuanto objetos hay en él se anublan y se oscurecen para los ojos mortales.

No recuerdo bien en qué diálogo del divino Platón he leído y admirado yo la profunda sentencia de que la religiosidad crece en el alma de los viejos, y no porque la razón de ellos se debilite, sino porque se aparta de lo efímero y caduco y se acerca á lo eterno. El apartamiento de todo tumulto exterior, y el amortiguado reposo de los sentidos, nos persuaden además muy agradablemente, de que nuestro espíritu se sumerge sin esfuerzo en el abismo de su propio ser; y así como el buzo pesca perlas, en los remotos mares de Oriente, puede él sacar, de aquellos más hondos abismos, ya inauditas verdades, ya bellezas espléndidas que nunca antes se mostraron al mundo revestidas de materiales apariencias. Tal esperanza, hartamente ilusoria por lo común, nos estimula á escribir, nos recrea y hasta nos beatifica, sin apartarse de nosotros sino con la muerte.

Basta, y aun sobra lo dicho, contando como cuento con vuestra indulgencia, para disculpa de que persista yo en cansaros frecuentemente con mis escritos.

En esta ocasión tengo también otra disculpa: el amistoso afecto que me une á la persona que viene hoy á sentarse entre nosotros, y la iniciativa que tuve en su elección, firmando la propuesta donde se os rogaba que le eligiéseis.

Desde hace ya más de un cuarto de siglo trato

yo al Sr. D. José Ortega Munilla, le estimo en lo mucho que merece, y le profeso constante amistad, á la que me lisonjeo de que él corresponde.

Periodista desde muy mozo, le conocí en la Redacción de *Los Debates*, donde yo colaboraba, después de haber escrito más asiduamente en *El Contemporáneo*, en *El Campo* y en la *Revista de España*, periódicos todos nacidos, dirigidos y sostenidos, por la emprendedora actividad de mi inolvidable amigo D. José Luis Albareda.

Desde sus Redacciones, no sin fundamento, se jactaba él de haber lanzado á la vida pública, y de haber movido á hacer las primeras armas, á no pocos sujetos, que se señalaron y descollaron después en la política y en las bellas letras, como Don Gustavo Adolfo Bécquer, D. Antonio María Fabié, D. Ramón Rodríguez Correa, D. Fernando León y Castillo, D. Benito Pérez Galdós, D. Angel Urzáiz, D. José Ferreras y algunos otros.

Nunca he comprendido yo bien la animadversión que sienten y el melindroso desdén con que ciertos aristócratas de la inteligencia ó de la fortuna, por derecho hereditario ó de conquista, ó meramente por presumido ensueño, miran el periodismo y á las personas que en los periódicos escriben. En España, más que en ningún otro país, tal animadversión y tal desdén carecen de fundamento. De las Redacciones de nuestros periódicos sa-

len, desde hace sesenta ó setenta años, nuestros más elegantes poetas, nuestros más ingeniosos novelistas, nuestros más elocuentes oradores y hombres de Estado, entre los cuales han subido no pocos á las dignidades más altas, han alcanzado popularidad y nombradía, y hasta se han encumbrado á veces en el concepto público, á merecer gloria imperecedera.

Lo único que, si no justifica puede explicar algo la ojeriza que contra la prensa periódica suele manifestarse, es la pomposidad, no de muy buen gusto, con que no falta nunca quien la celebre, calificándola de magisterio y de sacerdocio, y llamando apóstoles y mártires á los periodistas, y martirologio á toda persecución, multa ó recogida de ejemplares que se les impone.

La verdad es que la prensa dista mucho de ser un vivero ó almáciga de mártires y de apóstoles, y una infalible escuela de todo linaje de enseñanza; pero es el mejor medio de divulgación, órgano de la opinión pública y palenque abierto á las luchas de la inteligencia y del ingenio, sobre cuyo valer decide el vulgo como jurado, concediendo á quien lo merece, ó cree que lo merece, la palma de la victoria.

En este concepto, más tiene de aserción razonable, que de jactancia absurda, el afirmar que la prensa es el *cuarto poder* del Estado. ¿Cómo negar

este poder, sobre todo en el día, y cómo no reconocerle, singularmente en aquellos periódicos que no se limitan á defender y servir los intereses de un partido, sino que, sobreponiéndose á todos, ora formulan vagos pensamientos y aspiraciones del vulgo, ora infunden ó por lo menos dan dirección en el espíritu del vulgo, á esos vagos pensamientos y á esas aspiraciones?

Cuando en un país como España, donde todavía se leen pocos libros, un periódico de la mencionada clase llega á expender más de cien mil ejemplares de cada uno de sus números, lo cual supone, por un cálculo no muy exagerado, más de trescientos mil lectores, bien puede asegurarse que en dicho periódico reside un poder grandísimo, y que las doctrinas que sostiene, las soluciones que pide para los más difíciles problemas, el juicio que forma de las cosas y la estimación y fama que á las personas concede, se apoyan en cierta complicidad con gran parte del vulgo, y cuentan con el voto de la muchedumbre, de la mayoría acaso de los que leen y de los que piensan. El hombre, pues, que llega á dirigir un periódico de esta condición, ejerce no pequeño influjo en su patria, puede crear ó destruir reputaciones, y así como en política eleva á veces á sus favoritos hasta los más importantes empleos, así en literatura, ciencias y artes, concurre á preconizar como sabios, poetas y artistas á los

sujetos que logran su aplauso. Aunque imagine-  
mos que depende un poco del acaso ó de lo que  
llamamos ciega fortuna el adquirir la dirección de  
poder tan grande, no hemos de negar que la capa-  
cidad y el mérito propio de quien le adquiere son  
indispensables requisitos para conservarle luego y  
para acrecentarle más todavía.

Digno de elogio es asimismo quien, gozando de  
este poder, no abusa de él en su provecho, no vi-  
tupera por odio, no ensalza sobradamente sin mo-  
tivo, y prodigando tal vez alabanzas y concediendo  
triumfos y laureles á personas extrañas, se olvida  
desinteresadamente de sí mismo, oculta á menudo  
su nombre y apenas cultiva su fama.

Mucho de lo que queda expuesto puede aplicar-  
se al nuevo académico electo que viene hoy á to-  
mar asiento entre nosotros. Harto inferior á la la-  
bor que ha realizado es, á mi ver, su nombradía.  
Procurando que otros la adquieran, ha cuidado  
poco de adquirirla para sí. En el ingente cúmulo  
de escritos que *El Imparcial* y otros periódicos in-  
sertan en sus columnas se hubieran escondido y  
sepultado las obras del Sr. Ortega Munilla, veladas  
no pocas por el anónimo, si algunas de ellas no  
hubiesen aparecido más tarde en libros que, en  
todas partes y más aún en nuestro país, circulan  
muchísimo menos que los papeles diarios.

Prescindiendo ahora del valer del Sr. Ortega

Munilla como periodista, diré algo aquí de lo que,  
tomado de los periódicos, ha publicado más tarde  
en libros y con su nombre, lo cual basta á acredi-  
tarle de escritor castizo y discreto, de crítico juicio-  
so y benévolo, y de hábil novelista, rico de imagi-  
nación y sentimiento.

Si fuésemos á creer que los buenos escritos  
sólo son aquellos que difunden verdades prove-  
chosas y nuevas que valen para el progreso del  
humano linaje, ciertamente pocos escritos habría  
que no mereciesen nuestro desdén ó nuestro ol-  
vido. Yo también soy escritor, y cuando hago se-  
vero examen de conciencia y releo y estudio las  
obras todas que he dado al público por medio de  
la estampa, reconozco con humildad que no he  
enseñado nada que ya no se supiese. Lo que me  
consuela, después de sufrir este desencanto, es el  
pensar que tal vez los hombres que han enseñado  
más importantes verdades, que más han contribuí-  
do al progreso, que han sembrado gérmenes más  
fecundos en frutos espirituales, y que mejor han  
estimulado y dirigido la marcha de la humanidad  
ó no escribieron jamás una sola página ó se per-  
dieron las que escribieron. Valgan para ejemplo  
Sakiamuni, el fundador de la religión que acaso  
tiene más sectarios, y Sócrates, el que dió impulso  
inicial y firme dirección á toda la ulterior filosofía  
de los pueblos de Europa.

Convengamos, pues, en que alguien puede ser escritor celebrado, por la amenidad y gracia de su estilo, porque sirve lo que escribe para honesto recreo, porque nos representa, con primor y por medio de la palabra, la hermosura del universo que todos hemos visto y los casos y lances de la vida humana que todos hemos presenciado, y porque pone en sus cuadros el color, el sello y el carácter del espíritu propio, con lo cual les presta novedad deleitosa y original hechizo. A este género pertenece la mayoría de los buenos escritores, y en este género me atrevo yo á poner al Sr. Ortega Munilla.

Las crónicas que durante años ha escrito y publicado de los sucesos no políticos ocurridos en Madrid, son una hermosa muestra de lo que en este género puede hacerse y de la amenidad y del ingenio que puede lucir quien lo hace.

El recto y benigno criterio, y el más acendrado buen gusto en literatura y bellas artes se manifiestan igualmente, así en las crónicas que el Sr. Ortega Munilla ha escrito, reunido y publicado luego, como en sus artículos sobre obras dramáticas, poesías líricas, novelas y otros libros nuevos que han ido sucesivamente apareciendo.

Enemigo como soy de todo disimulo, no he de ocultar yo aquí que quien ya desde hoy es nuestro compañero, en momentos de mal humor ó de-

jándose arrastrar por cierto prurito que suele haber en la gente moza contra todo lo que parece tener autoridad, aunque no pretenda tenerla ni presuma de ello, ha dirigido á veces contra esta misma Academia que hoy le recibe, algunas censuras algo crueles; pero si se atiende á los entusiastas elogios que ha dado reiteradamente á gran número de sus individuos, la crueldad y hasta la injusticia en la censura del conjunto, quedan encubiertas y abrumadas por la copia de flores y de lauros derramada por él á manos llenas sobre las personas que han compuesto ó componen el mencionado conjunto. Nadie con mayor entusiasmo que el Sr. Ortega Munilla ha dado cuenta encomiástica en sus artículos de las obras de los señores Hartzzenbusch, Tamayo, Zorrilla, Alarcón, Cañete, Echegaray, Castelar, Selgas, Galdós, Sellés, Núñez de Arce, Pereda, Menéndez y Pelayo y no pocos otros que fueron ó que son aún de esta Academia, y cuyos nombres no acuden á mi memoria en este mismo instante. Y á lo que yo entiendo, imaginando que lo reconozco en el estilo franco y sincero, tan generosos elogios están llenos de buena fe, sin ningún propósito de adulación interesada, sino solamente promovidos por el amor de la patria y de la literatura nacional, cuyo fecundo cultivo contribuye tanto á su gloria.

Quizás un juez severo podría tildar al Sr. Orte-

ga Munilla de sobrado indulgente y hasta de encomiador excesivo; pero yo prefiero este extremo, dado que el Sr. Ortega Munilla le toque, al de no pocos críticos descontentadizos y duros que en el día pululan, y para quienes no hay obra literaria, salvo la propia ó la de algunos amigos íntimos, que no sea insulsa y que no esté llena de defectos. Y es de notar además que el Sr. Ortega Munilla no prodiga sus alabanzas sin fundarlas, por virtud de detenido análisis, en muy atinadas razones. En su crítica prevalece sin duda la benevolencia, pero sin divorciarse de la justicia ni someterse al capricho. De esta suerte ha ensalzado también á no pocos otros ilustres escritores que no llegaron á obtener la honra de sentarse entre nosotros, pero cuyo valer es innegable. Así, por ejemplo, Ventura Ruiz de Aguilera, Ferrán, Bécquer, Velarde, Correa, y muchos más.

En resolución, con la lectura de los artículos críticos del Sr. Ortega Munilla puede formarse un concepto conforme á la realidad, y muy ventajoso, del florecimiento literario de España durante la segunda mitad del pasado siglo. Y bien puede quien se proponga escribir su historia, mirar dichos artículos como abundante venero de información y como claro espejo donde todo se retrata sin pasión que lo perturbe y con la serenidad y brillantez que conviene.

En otra especie de escritos se ha distinguido también el Sr. Ortega Munilla, desplegando ricas galas de estilo y dejando ver un raro talento de observación en consorcio no menos raro con la riqueza de la fantasía. Me refiero á sus impresiones de viaje, á la amena y fácil narración de sucesos notables que ha presenciado, y á la descripción de grandes poblaciones, países diversos y campos por donde ha discurrido. Sus obras descriptivas de esta clase podrán leerse siempre con agrado. Tales son, por ejemplo, *Viajes de un cronista*, *Vinetas del Sardinero* y *Mares y montañas*. Las pinturas que hace de París, Berlín, Roma, Panticosa y no pocos lugares de las Provincias Vascongadas, son dignas, á mi ver, de no corta alabanza. Muy singularmente me creo yo obligado, como cordobés que soy, á darla aquí á la linda descripción de la feria de Córdoba, de su animación y bullicio, de la alegría y buena traza de los campesinos que á la feria acuden, y de la gracia y del donaire de las mujeres que la hermosean.

El Sr. Ortega Munilla es, por último, muy recomendable como autor de cuentos y de novelas. En sus narraciones fingidas aparece el mismo talento de observación que como escritor de viajes le distingue, unido á una dichosa fertilidad en la fantasía para crear caracteres, imaginar acciones ó argumentos interesantes, y presentarlo todo en estilo

natural y fácil, aunque menos sobrio que abundante y florido.

Sus cuentos y novelas son muy *realistas*, casi *naturalistas* á veces; pero más se advierten en ellos reminiscencias y dejos de nuestros novelistas del siglo xvii, que la imitación de Zola y los de su escuela. Acaso en las novelas del Sr. Ortega Munilla, sin que pierdan por eso su condición castiza y radicalmente española, y sin que sus personajes dejen de ser parecidos á los hombres vivos de carne y hueso que en nuestra tierra se usan, se note el influjo de Balzac, y más aún el de Dickens, de Thackeray y de otros novelistas ingleses.

No soy yo muy aficionado á cierto ultra-sentimentalismo que en nuestra antigua literatura ha dejado poquísimas huellas, que no me parece muy conforme con nuestra índole nacional, y que tiene trazas de importación extranjera; pero me inclino á disculpar en el Sr. Ortega Munilla la abundante dosis que pone en algunas de sus narraciones, verbigracia, en *La Viva y la Muerta*, de este que llamo yo ultra-sentimentalismo, porque en vez de emplearle en magnificar y santificar lazos, relaciones y amores viciosos, le emplea en anudar y estrechar más los vínculos de familia, fundamento de la moral sostenido por la religión y las leyes.

Severa y justa lección moral contiene su novela

*La Cigarra*, sin que deje por eso de ser divertida é interesante.

En no pocos otros de sus cuentos y novelas no he de negar yo que advierto la propensión á exagerar la nota pesimista. Es impulso, punto menos que irresistible, que la moda, ó más bien cierta melancolía que va haciéndose endémica y está en el aire que respiramos, imprime en el día á los ingenios. Se diría que nos complacemos más en pintar lo horrible que lo agradable, lo enfermo que lo sano, lo feo que lo hermoso, y lo descompuesto y sombrío más que lo esplendente y bien ordenado.

Cierto es que en todas las épocas, desde que apareció la poesía en el mundo; se advierte propensión semejante, pero nunca con tamaña intensidad y persistencia como ahora.

En la representación de los tormentos, de la aflicción y de los dolores, como se conocen mejor, cabe que pongan cuantos escriben mayor variedad que en la representación de la bienaventuranza y de todo contento. La mayor parte de cuantos leen *La Divina Comedia* se deleitan en el *Infierno*, y se aburren, bostezan ó se duermen en el *Paraiso*. La tragedia nos hechiza siempre, y no hay tragedia sin catástrofe y sin que el terror y la compasión nos conmuevan. ¿No tiene algo de extraño y aun de muy difícil de explicar este prurito de hacer de la com-



pasión y del terror medio seguro y camino recto para llegar al deleite estético? El sabio de Estagira quiso explicarlo suponiendo que el fin de la poesía era la purificación de las mencionadas pasiones: lograr que lo que en realidad nos apesadumbra, muertes, estragos, martirios, crímenes y otros horrores, representado poéticamente sea manantial ó causa de placer y de hechizo. Para lograr este fin, sin duda importa la supresión de pormenores que en las novelas de hoy no se suprimen, supresión que en lo antiguo dejaba más despejado el cuadro para que apareciese en él, sin que las impurezas de lo real lo anublasen, lo sublime dinámico, que era lo que nos encantaba: la fuerza de voluntad en el mártir para sufrir las más tremendas penas, y la constancia y el brío con que lucha el héroe contra todos los poderes del cielo y del infierno, conjurados en daño suyo, alcanzando á veces la victoria. Prometeo, por ejemplo, nos encanta y nos admira de tal suerte con su entereza, con la virtud soberbia que aun resiste después de vencida, con su abnegación y con su amor á los hombres, que no nos contrista demasiado contemplar su suplicio, encadenado en el Cáucaso y despedazadas y devoradas sus entrañas. Nos consuela, además, la promesa de redención. Más allá de la catástrofe presente brilla la esperanza. El Hijo del cielo ha de venir á libertar al titán filántropo; á romper

sus cadenas, á triunfar del tirano y á derogar los inicuos decretos del inexorable destino!

Con frecuencia, en lo trágico clásico y antiguo hay, más allá del mal representado, en amplio círculo que se extiende por el mundo de las ideas y cuyos radios se prolongan en el tiempo, un desenlace alto y dichoso.

De todo esto suele carecer la literatura moderna, por donde es más acerbo su pesimismo y á menudo es desesperado. La pintura minuciosa de angustias, miserias, flaquezas y enfermedades, le hacen más aflictivo. Cuando todo ello se atribuye á viciosa organización de la sociedad humana, brotan en el alma aspiraciones y sentimientos antisociales; y cuando se atribuye á flaqueza ó á maldad invencible, ó á hereditaria perversión de cada ser humano y de la suma de todos ellos, ó sea á determinismo ó fatalidad de la propia naturaleza, el entendimiento propende á la desesperación, y tal vez, ya que no la niegue, acusa con blasfema impiedad á la Providencia.

No me atrevo yo á censurar, ni censuro singularmente, al Sr. Ortega Munilla, porque se deje caer ó resbale en ocasiones por esta pendiente pesimista donde nos hallamos todos en el día. Yo mismo, en mis narraciones de sucesos imaginarios, aunque empecé con una muy de color de rosa, donde todo sale lo mejor que pudieran desear mis